

¿Quieres que yo vaya? Así está bien. (*Riendo nuevamente vuelve la cara a la escena y entra en ella sonriendo aún para saludar. A Sacramento.*) ¡Perdone, señora! ¡Perdón, tío Benedicto! Buenas tardes.

DOÑA SACRAMENTO.—¿Me quiere usted explicá, don Ramón?...

RAMON.—¿El qué? ¿El suceso? No merece el relato.

DOÑA SACRAMENTO.—La muchacha estaba ahí pa anunciarle cuando yegara usted, y usted entra riéndose como un loco, y la muchacha no comparese.

RAMON.—Deje usted a la muchacha, que está muy ocupada. Y sobre todo, que ya ha cumplido su obligación anunciándome... en el Paraíso; porque supongo yo que será en la gloria donde reciban las mocitas como ella con los brazos abiertos.

DOÑA SACRAMENTO.—¿Qué quíé usted desí?

DON BENEDICTO.—Tú hablabas con Celestino.

RAMON.—Con los dos. La cosa es muy sencilla. Yo venía distraído, emocionado. La emoción me hizo darme de bruces con la puerta que yo sabía que era la de esta casa, y en la puerta la muchacha de usted huía de Celestino. Buena suerte la mía que me la puso en los brazos para bendecir la casa, la puerta, la muchacha y la emoción.

DON BENEDICTO.—Tiene razón mi sobrino. Para bendecir.

DOÑA SACRAMENTO.—Para bendesí, él. Y eya pa darle un recadito al oído sobre la vergüenza que deben tené las mujere. Y Selestino... Selestino no es mi criaio, que también le hablaría yo a Selestino si lo fuera. (*Sonriendo forzadamente.*) En fin... ¿Dise usted que venía emocionao?

RAMON.—Mucho.

DON BENEDICTO.—Así se explica la tardanza.

RAMON.—Se explica. Yo le tenía que preguntar unas cuantas cosas a las calles, y...

DOÑA SACRAMENTO.—¿Y le han contestado las cayes?

RAMON.—Admirablemente.

DOÑA SACRAMENTO.—¿Sin que nadie le haya hablao por eya?

ROBLES.—No deja eso de ser curioso.

DON BENEDICTO.—Te voy a presentar. Mi sobrino Ramón de Cañamara, el hijo mayor de mi hermano y futuro duque de Almiñate. Don Jacinto Robles. Su hija Charito. (*Saludos.*)

CHARITO.—Desía usted que las caye le habían dicho...

RAMON.—Lo que me interesaba saber. Qué encanto podía tener esto para que personas de cierta condición como usted, como doña Sacramento, como su padre, como mi tío Benedicto, como otras que hay, pudieran sujetar sus vidas a su pequeñez.

ROBLES.—Ninguno. La costumbre, los intereses...